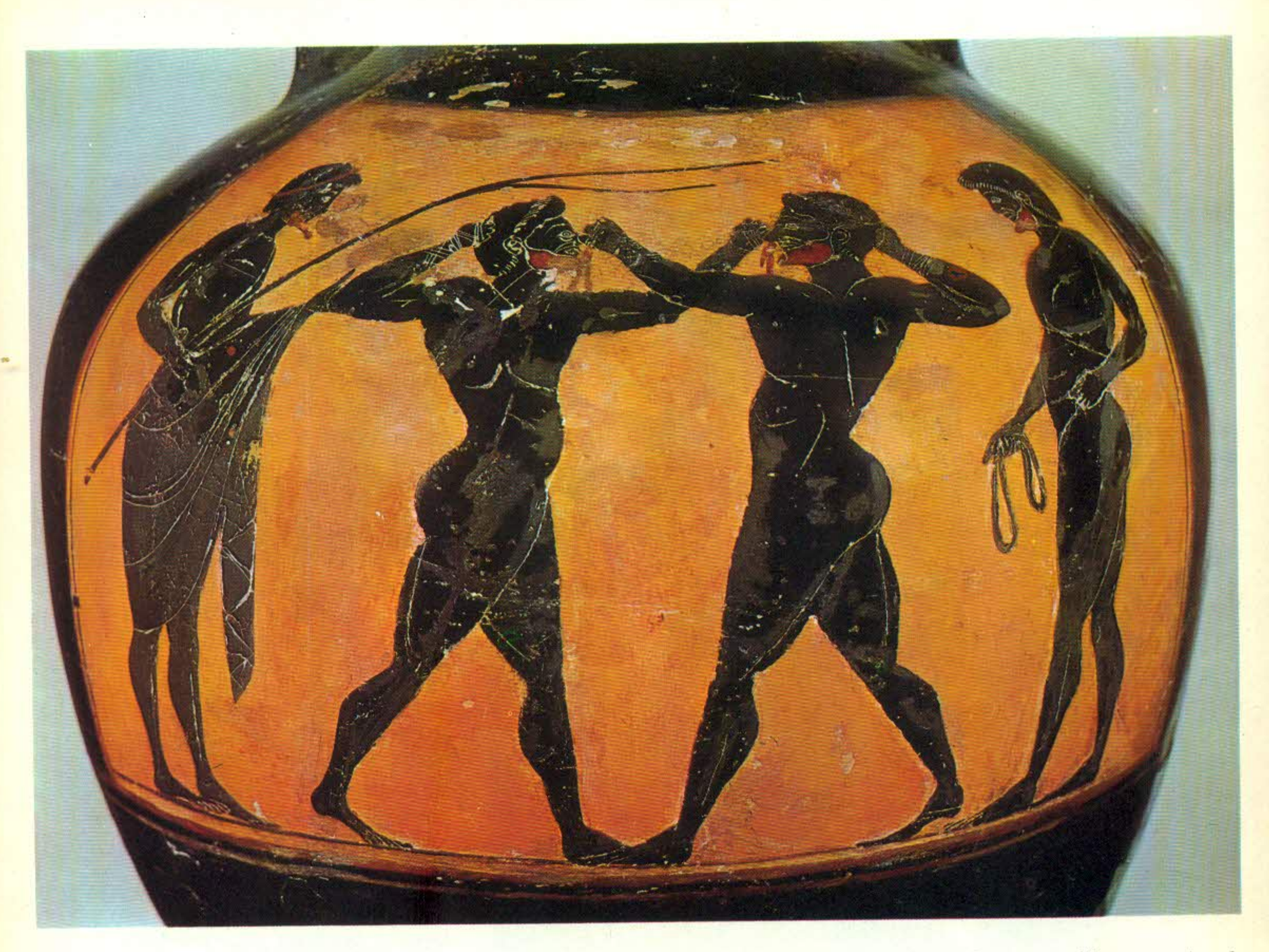
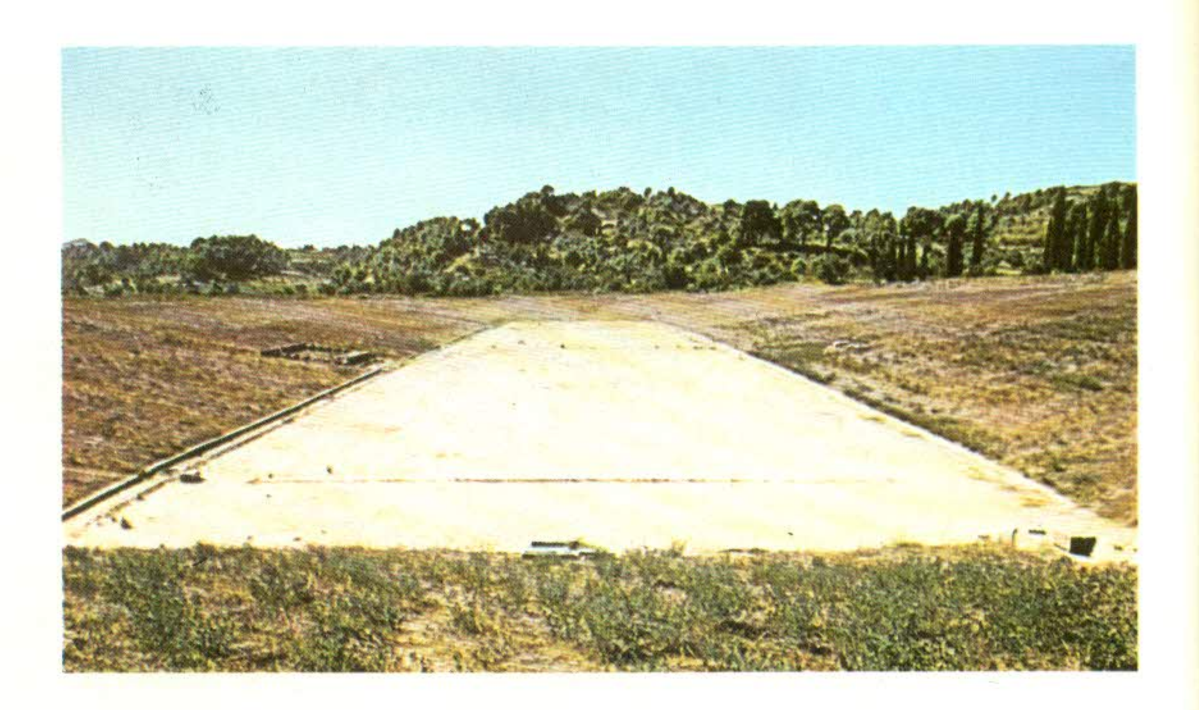


Reverso de una ánfora panatenaica de figuras negras, del siglo* VI *a. de J. C., con representación de unos pugilistas practicando el boxeo (Museo del Louvre, París).

Los deportes griegos. Píndaro

En los capítulos anteriores hemos puesto de relieve la disgregación política de los griegos, acusándoles de no haberse sabido confederar ni haber constituido un gobierno superior al de la ciudad-estado; y, no obstante, Grecia se representa en nuestra imaginación como una entidad moral, sin fronteras ni provincias. Esparta, Atenas, Corinto, Tebas, son griegas en su origen y casi sin contraste al compararlas con otras naciones y otros países del mundo. La religión tiene un culto diferente en cada ciudad griega, y hay, para el arte y la literatura griegas, escuelas locales también diferentes, aunque en espíritu y en ideal nos parecen uniformes. Mas al poner la literatura y el arte de los griegos en parangón con la literatura y el arte de las otras gentes de la antigüedad, las variaciones desaparecen y Grecia recobra en nuestras mentes su unidad y personalidad indestructibles.

¿Qué era, pues, lo que mantuvo en Grecia esta homogeneidad moral, a pesar de las guerras civiles y los odios de raza entre dorios y jonios? En primer lugar, el atletismo, los juegos y concursos musicales, fiestas panhelénicas para cuya celebración se estipulaba una tregua y se olvidaban los viejos agravios; después, los nuevos cultos que se adoptaron para divinidades nuevas en toda Grecia; finalmente, el mismo deseo de investigar y conocer, que parecía como adormecido y re-



El estadio antiguo de Olimpia. En primer término se ve la línea de salida de las carreras. A la izquierda, los restos de las tribunas de los árbitros de las pruebas.

trasado en las otras familias humanas y tan activo se mostraba entre los griegos. Vamos a dedicar nuestra atención a cada uno de estos tres factores.

Los *juegos olímpicos* se celebraban cada cuatro años, pero la tregua o suspensión de hostilidades, para permitir que los que iban y volvían de Olimpia viajaran sin peligro, duraba tres meses. Así es que los griegos, cada cuatro años, estaban no sólo en paz, sino reunidos por un común entusiasmo inspirado en móviles superiores a los de su pequeña patria. Los *juegos píticos,* que se convocaban en Delfos también cada cuatro años, alternados con los de Olimpia, llevaban aparejada una tregua parecida. Los *juegos ístmicos* se celebraban cada dos años en Corinto y no tenían carácter religioso tan acentuado como los de Olimpia y Delfos; pero por ser Corinto un lugar tan céntrico, sus juegos ístmicos resultaban los más animados de todos los festivales panhelénicos. La tregua no era tan rigurosa para los juegos ístmicos como para los olímpicos y píticos, pero Corinto hacía lo posible para imponer esta costumbre de una paz que garantizara el éxito de su concurso. Otras fiestas panhelénicas se celebraban en Nemea, cerca de Argos, cada tres años. Se llamaban *juegos nemeos* y también se proponían treguas para los que acudían a la fiesta, que muchas veces eran respetadas. Era algo parecido a la tregua de Dios en la Edad Media.

Así es que, si el lector se ha fijado, habrá podido observar que cada año se celebraba al menos uno de estos concursos panhelénicos, con su correspondiente armisticio. Allí se comentaba lo ocurrido en los meses anteriores, viéndolo todo bajo un nuevo aspecto, sin los prejuicios locales y con la elevación de miras que producían el arte y la belleza física. Los atletas, corredores, jinetes y músicos acudían de los cuatro ámbitos del mundo griego, desde Marsella hasta Cirene y Bizancio. Las pequeñas contiendas locales parecerían entonces harto mezquinas a estos griegos de las colonias.

EL SANTUARIO DE OLIMPIA

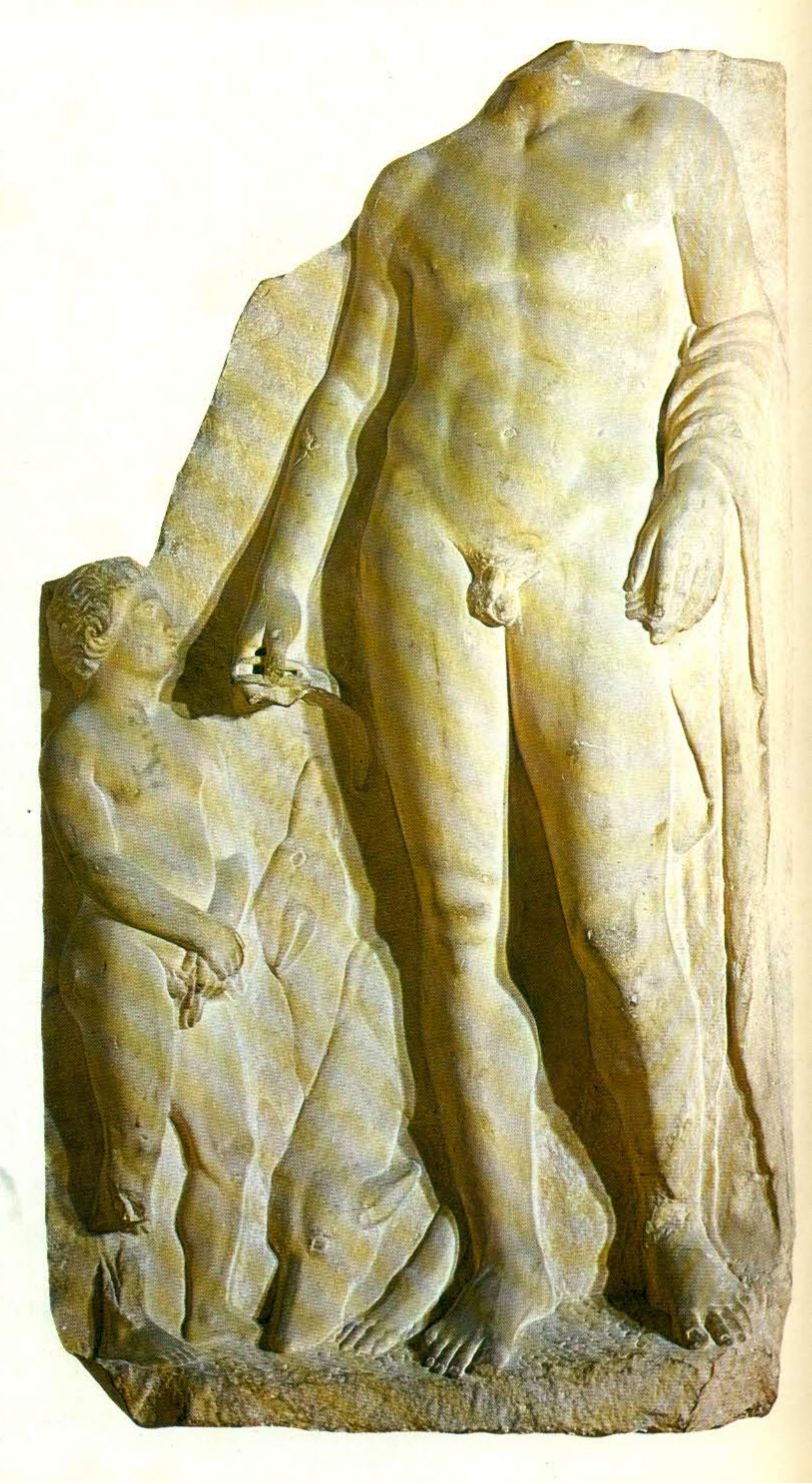
0 50 100 m

Gimnasio
Kladeos
Pritaneo
Ninfeo
Filipeion
Templo de Hera
Tesoros
Estadio
Metroon
Palestra
Pelopion
Altis
Pórtico de Eco
Termas
Termas de Kladeos
Theokoleon
Templo de Zeus
Palacio de Nerón
Taller de Fidias
Hospedería
Leonidaion
Agora
Termas meridionales
Buleuterion
Pórtico meridional
N

Construcciones del s. VII a. de J. C.
Construcciones del s. VI a. de J. C.
Construcciones del s. V a. de J. C.
Construcciones de los s. IV-III a. de J. C.
Construcciones de la época romana

Ya hemos dicho que los juegos tenían carácter religioso: los de Olimpia y Nemea se pretendía hacer creer que habían sido instituidos por Hércules. Los píticos fueron iniciativa del propio Apolo para apaciguar a la serpiente Pitón, a quien el dios desposeyó de su antiguo señorío en el valle de Delfos; y la fundación de los ístmicos se atribuía al propio Teseo, el primer rey de Atenas. Estas tradiciones revelan la antigüedad de los cuatro festivales panhelénicos. Hércules y Teseo recuerdan los días anteriores a la invasión dórica, y Apolo los tiempos de la conquista. Ya dijimos en otro capítulo que en Olimpia se celebraban ritos extraños en honor de un héroe prehelénico, llamado Pélope, y el templo más antiguo del santuario era el de la divinidad femenina Juno o Hera. Añadiremos ahora que los juegos eran presididos por una sacerdotisa. Análogas supervivencias encontraríamos en los otros festivales, aunque todos fueron reformados o establecidos de nuevo después de las crisis políticas que siguieron a la invasión dórica. Los juegos ístmicos debieron de alcanzar gran prestigio e importancia en el período de mayor prosperidad de Corinto, cuando gobernaron la ciudad como tiranos Cipselo y sus hijos. En Olimpia se conservaba la lista de los vencedores a partir del año 776 a. de J. C., aunque se creía que a esta fecha correspondía la vigesimoctava olimpíada. El registro de los vencedores fue revisado y continuado por varios escritores interesados en Historia, entre ellos el propio Aristóteles, porque como todos los griegos habían aceptado la división en períodos de cuatro años de las olimpíadas para los cómputos históricos, había empeño en precisar la cronología.

Los premios para los vencedores parece ser que en un principio consistieron en trípodes, vasos de bronce y otros objetos de valor. Como recuerdo curioso mencionaremos los cinco premios que en la *Ilíada* otorga Aquiles a los cinco competidores de las carreras de carros: el primer premio es una esclava joven y un trípode; el segundo premio consiste en una yegua de seis años con su cría; el tercero, un gran caldero de bronce que no ha sido puesto aún al fuego; el cuarto, dos talentos de oro, o sean 2.400 pesos de oro, y el quinto, una urna con dos asas. Esta lista de valores relativos claro es que se refiere a los tiempos homéricos, porque en la época de las primeras olimpíadas, o sea en el siglo VIII a. de J. C., una yegua y un caldero valdrían bastante menos de dos talentos de oro, y pronto se idealizó el galardón otorgando a los vencedores de Olimpia coronas de olivo silvestre. En Delfos las coronas eran de laurel, en Corinto de pino y en Nemea de hojas de apio; pero las ciudades de donde



Relieve funerario que representa a un atleta acompañado de su joven servidor (Museo del Louvre, París). El atleta lleva en su mano un rascador para quitarse el aceite del cuerpo tras la realización de los ejercicios.

eran hijos los vencedores recompensaban a éstos con pensiones y privilegios por el honor que sobre ellas recaía con su victoria. Atenas, por ejemplo, en tiempo de Solón, premiaba con quinientas dracmas al atleta ateniense que vencía en Olimpia, y con cien dracmas al vencedor en los juegos ístmicos. Además, en los juegos locales de Atenas, que se celebraban durante las fiestas panateneas, se repartían a los vencedores hasta mil trescientas ánforas de aceite de oliva del Atica, que era un producto de gran precio. El vencedor en las carreras de carros recibía ciento cuarenta ánforas de aceite, cuyo valor era de doce dracmas por ánfora, y así en proporción los otros premios menores.

Una tradición muy antigua explica el origen del derecho de los que ganaban la carrera de 200 metros en Olimpia a ser glorificados como héroes y tener una estatua o retrato

LA CIUDAD-ESTADO

La maduración del concepto ciudad-estado se efectuó en las costas de Asia Menor, donde el medio hostil, la carencia de tradición y la imitación de Oriente aceleraron la formación de esta entidad tan típicamente griega. En la Grecia continental, las ciudades-estado se desarrollaron a partir del siglo VII antes de Jesucristo.

La ciudadela, refugio de la evolución social y económica, contribuyó poderosamente a la formación de esta nueva agrupación política. La unidad política de la ciudad-estado se configura a expensas de otras unidades sociales menores, como son el *genos* y las *fratrías*, y es producto de una lenta transformación de ellas. Cuanto más se consolida el poder y la autonomía de la ciudad-estado, tanto más evidente parece la conciencia de su autosuficiencia y el negarse a formar unidades políticas superiores.

El éxito de la ciudad-estado fue fugaz y llevaba en sí el germen de la desaparición. Ni siquiera Atenas, que llevó la *polis* a su perfección, pudo evitar la ruina de esta unidad política. Quizá sucumbió ante el excesivo poder de Macedonia, pero esta circunstancia fue un azar fortuito y su desaparición se debió a debilidades inherentes a su misma estructura.

Los filósofos, oradores e historiadores se plantearon estos problemas en el siglo IV a. de J. C. Platón intentó salvar esta entidad política poniéndola en manos de gobernantes filósofos. Otros, como Demóstenes, se aferraban intransigentemente a la *polis* ideal, negándose a toda apertura hacia el exterior. Ni siquiera los que proponían una paz y una coalición panhelénicas sugirieron que se uniesen las ciudades-estado para formar unidades mayores. De este modo se habrían podido superar la escasez de recursos naturales y el bajo nivel de la técnica. Lo cierto es que la *polis* requería una rara combinación de circunstancias materiales e institucionales que nunca pudo llegar a realizarse por completo.

En determinadas ocasiones podían unirse varias ciudades vecinas formando anfictionías, confederaciones político-religiosas o ligas superestatales en torno a un culto. Una de las más célebres anfictionías cuyo funcionamiento conocemos es la de Delfos, que reunía a los representantes de doce estirpes: tesalios, beocios, dorios con Esparta, jonios con Atenas, locrios y focidios, entre otros. A los doce pueblos de la asamblea original se les unieron, a partir de 343 a. de J. C., los aqueos y los macedonios. Los representantes de cada ciudad eran elegidos por un año en número de dos, cualquiera que fuera su poderío. Los delegados se reunían en primavera en Delfos, y en otoño en Antela, junto a las Termópilas. Los cultos comunes eran los de Apolo Pítico, en Delfos, y el de Deméter, en las Termópilas.

La primitiva obligación del consejo era la organización de los Juegos Píticos, la custodia de los bienes del templo de Delfos y la defensa de los intereses del dios. A esto se debe que el consejo decretara guerras sagradas contra los pueblos vecinos que habían atentado contra el santuario. Esta asamblea panhelénica intentó a veces suavizar las querellas entre ciudades y resolver pacíficamente los litigios. Un antiguo juramento prohibía que los miembros de la liga se destruyeran las ciudades unos contra otros y se cortasen el suministro de agua. Después de la batalla de Queronea, que significó el fin de la ciudad-estado, la anfictionía emitió moneda, la primera que tuvo un carácter internacional, símbolo de unión entre los griegos.

La religión de Apolo y el predominio de Delfos se hizo sentir, sobre todo, en el período arcaico. Delfos elaboró una doctrina que se caracterizó por el legalismo, el rito de acuerdo con los ideales aristocráticos, ya que en esta época los nobles estaban al frente de la estructuración social. Delfos predicaba la limitación de las posibilidades humanas. Por otra parte, se daba una corriente mística emparentada con el orfismo y el pitagorismo, que prometía la liberación de las cadenas del cuerpo y la unión mística con el dios. Este dios era Dionisos, que también en Delfos tenía su culto.

El mundo griego forma una unidad, por más que corrientes positivistas se hayan dedicado al estudio del mundo antiguo adoptando criterios y principios racistas. Algunos autores postulan la existencia de un espíritu jónico en oposición a un espíritu dorio, independientemente de los avatares históricos. En las ciudades jonias de Asia se observa un individualismo a ultranza y al mismo tiempo tendencias empíricas. No sin razón, es en este marco donde nacen la conciencia individual del hombre europeo y los interrogantes del individuo ante el cosmos, que significaron el comienzo de la ciencia y la filosofía.

El espíritu jonio, tan abierto a la investigación y a la ilustración, parece inepto para la lucha, la disciplina bélica y las privaciones del cuerpo. Los hombres llevan una vida muelle. En contraposición, el ideal dorio, representado por Esparta, se caracteriza por la disciplina del cuerpo, puesto a prueba y fortalecido por ejercicios diversos, privaciones de alimentos, gimnasia y, sobre todo, por la lucha constante contra los mesenios. El mundo dorio está dispuesto a entregarse al bello ideal postulado por Tirteo: "Hermoso es morir en defensa de la patria".

La existencia de un espíritu jonio frente a otro dorio no viene motivado por diferencias de raza, sino que la configuración de ambos se debe a las influencias del marco histórico-social que los rodeó. Hemos señalado la existencia de un espíritu jonio y otro dorio. Finalmente, el espíritu ático consiste en una armónica síntesis de ambas culturas. Empezó a cristalizar a partir del legislador Solón y dio sus más preciados frutos en el siglo V a. de J. C., época floreciente de la democracia.

Si bien hubo siempre entre atenienses (jonios) y espartanos (dorios) una concepción del mundo distinta, como señaló el propio Pericles en el discurso fúnebre que el historiador Tucídides reprodujo o rehízo, lo cierto es que ante el bárbaro se aunaron y afirmaron su superioridad. Este principio se halla en toda la literatura griega de la época clásica, aunque a finales del siglo V se van abriendo nuevas perspectivas, que culminarán en el siglo IV. Así, el orador Isócrates es partidario del panhelenismo. Todos los griegos, atenienses, espartanos y macedonios, deben unirse para emprender en común una cruzada contra el persa. Isócrates es el primero en dar un significado espiritual a la palabra "heleno". Para él, son helenos los hombres que han participado de la educación griega. Lo importante no es el nacimiento, sino las cualidades espirituales.

J. A.

que los representara en la ciudad de donde procedían.

Vamos a exponer aquí la fábula que explicaba el origen de la heroización del que ganaba la carrera de los 200 metros: Júpiter, o Zeus, nació de Cronos, que devoraba a sus hijos por miedo a que le suplantaran. Cuando nació Zeus, Cronos estaba distraído y no oyó los gritos del infante recién nacido. En cambio, lo oyeron unos jóvenes atletas que



El estadio de Atenas, construido sobre las ruinas del antiguo, en donde se inauguraron los modernos juegos olímpicos. En primer término, un monumento al discóbolo.

Estatuilla en bronce de un nadador griego preparado para lanzarse al agua (Antikensammlungen, Munich).

JUEGOS OLIMPICOS E HISTORIA DE GRECIA

776 a. J.C.	Se inician las listas de vencedores de los Juegos Olímpicos, fecha tradicional con que hasta hace poco se empezaba la historia de Grecia.
582 a. J.C.	Los Juegos Ístmicos restaurados se celebran con gran solemnidad en conmemoración de la victoria ateniense en la primera guerra sagrada.
416 a. J.C.	Alcibíades, tras su expedición a Melos, busca en los Juegos Olímpicos una victoria personal que acreciente su prestigio.
346 a. J.C.	Los Juegos Píticos se celebran con extraordinaria magnificencia bajo la presidencia de Filipo de Macedonia, que acaba de conquistar toda la Grecia central.
H. 230 a. J.C.	Los Juegos Ístmicos son abiertos a los romanos a instancias de los partidos antimacedonios griegos, que ven en los romanos a posibles "liberadores".
196 a. J.C.	Ante los Juegos Ístmicos, Flaminio, cónsul romano, declara la libertad de los estados griegos hasta entonces dependientes de Macedonia.
393 d. J.C.	Los Juegos Olímpicos se celebran por última vez.

Vista del gimnasio de la Olimpia antigua. El gimnasio griego era un lugar, situado ordinariamente fuera de los muros de la ciudad, donde el ciudadano podía cultivar al mismo tiempo las cualidades del cuerpo y del espíritu.

estaban allí cerca corriendo la carrera de los 200 metros. Apiadados del pequeño hijo de Cronos, lo llevaron velozmente al valle del Altis, donde estuvo la tumba de Pélope. Allí quedó para cuidar al niño la ninfa Amaltea, y más tarde Zeus, ya crecido y encumbrado a señor de los cielos, concedió al atleta que ganara la carrera de los 200 metros el derecho de ser inmortalizado y venerado con su verdadera efigie.

El origen de la concepción de los héroes es muy complicado. Seguramente una explicación la hallamos en la divinización de las almas humanas tras la muerte, ya que este término "héroe" aparece con el significado de "muerto" algunas veces, sobre todo en las inscripciones. Hay que tener presente que para el hombre la muerte fue el primer misterio que le infundió sentimientos religiosos y sobrenaturales al querer sustraerse de ella. Entre los romanos encontramos un concepto semejante al de héroe griego bajo la denominación de lares, manes y númenes protectores y benéficos que representan el espíritu de los antepasados.

En un principio, la distinción entre dioses y héroes no es muy clara. Algunos temas mitológicos, como nacimientos e infancias amenazadas, son los mismos, como puede leerse en la *Teogonia* de Hesíodo o en los poemas del poeta helenístico Calímaco. Pero lo esencial es que los héroes son hombres, mientras que los dioses están apartados de los hombres, a pesar de sus múltiples intervenciones.

Las leyendas divinas se organizaron en su mayor parte en los siglos que precedieron a la época histórica. En Homero ya hallamos el mundo divino completamente en orden. La leyenda heroica se convirtió en una especie de historia sagrada local que se repite en





Ruinas de la palestra en la Olimpia antigua. Las palestras griegas eran campos de deporte donde se practicaban la lucha, el salto, el boxeo, el pancracio y otros ejercicios. La carrera tenía en el estadio su escenario adecuado.

las distintas regiones griegas. Cuando esta tradición se extiende a un público nacional, tenemos la epopeya. El héroe-rey aparece como fundador de un culto o de una ciudad. El héroe, por lo general, ha reinado sobre un país. Puede ser hijo de un dios y un mortal, ya que no es raro que en la tradición local se dieran cordiales relaciones entre dioses y hombres.

Los antiguos reyes daban generosa hospitalidad a dioses y diosas: tanto en la *Ilíada* (II, 549) como en la *Odisea* (VII, 81), Homero nos dice que Atenea se dirigió a la sólida morada de Erecteo en la acrópolis de Atenas. Como recompensa por la generosidad mostrada hacia los dioses, la familia, el linaje y toda la dinastía se hacían merecedores de la protección del dios. El héroe daba prestigio a la realeza y a la ciudad que le rendía culto.

Es necesario hacer hincapié aquí sobre la importancia que tenía el conceder la categoría de héroe; ya hemos visto que por sus actos y conducta sólo el fundador de una ciudad o colonia era considerado héroe. Después de muerto continuaba con una existencia activa y beneficiosa en el túmulo de tierra que le servía de sepulcro. Ya hemos dicho que el Hades, adonde iban todos los muertos con raras excepciones, era un lugar de penumbra y olvido, donde las almas no tenían conciencia de su estado presente ni recuerdo de su vida en la tierra. Sólo eran excepción de esta regla general los héroes y los iniciados en los misterios, si bien estos últimos no tenían ninguna influencia en lo que podía ocurrir a sus compatriotas supervivientes.

El héroe, en cambio, era un espíritu activo que podía propiciarse con ofrendas y cultos regulares. La heroización, o elevación a la categoría de héroe, no podía obtenerse más que como gracia o concesión de Zeus. El dios lo demostraba fulminando un rayo para producir la muerte del elegido héroe. Aquiles sabía muy bien que ni con su sacrificio en la guerra de Troya conseguiría la heroización; iría al Hades subterráneo y oscuro, como el porquero de su padre. Por esto, el ganar un atleta la carrera de los 200 metros en Olimpia ocasionaba beneficios extraordinarios para el vencedor y para la ciudad de

CARACTER RELIGIOSO Y PANHELENICO DE LOS JUEGOS OLIMPICOS

Los concursos o Juegos se organizan en honor de los dioses locales.

Cada dios convoca solemnemente a todos sus fieles: es la "panegiria", reunión de todos los adoradores. Según éstos sean más o menos numerosos, según sea la riqueza del santuario, varía la fastuosidad y el renombre de los Juegos.

Los participantes hacen un esfuerzo para perfeccionar sus cualidades físicas, esfuerzo ofrendado a la divinidad, que en el día de los Juegos concede la victoria al mejor.

Una corona de laurel, recompensa honorífica sin valor material, es el único premio de los Juegos, lo que afirma el carácter amateur de los concursantes.

Los criminales públicos, los personajes sacrílegos, los falsarios y homicidas no pueden ser admitidos en los Juegos.

Carácter religioso de los Juegos Olímpicos.

Se hacen célebres los Juegos patrocinados por los grandes santuarios, famosos en toda Grecia: el de Zeus en Olimpia, el de Apolo en Delfos, etc.

Una "tregua sagrada" se proclamaba en toda Grecia para garantizar la seguridad de los peregrinos y participantes que se dirigían a los Juegos.

Los "bárbaros" están excluidos; para tener acceso a los Juegos es necesario pertenecer a la comunidad étnica, lingüística y religiosa de los griegos.

Carácter panhelénico de los Juegos Olímpicos.

El apogeo de los Juegos Olímpicos bajo sus características originales alcanza el siglo VI hasta el final de la época arcaica; en los siglos posteriores, el principio religioso y el sentimiento panhelénico que animan los Juegos van desfigurándose.

Para superar las distintas pruebas, los atletas se someten a rigurosos entrenamientos y se convierten en profesionales; la victoria en los Juegos Olímpicos es únicamente un factor de su celebridad, que les asegura contratos ventajosos en todo el territorio griego.

Los Juegos se convierten en grandes espectáculos y manifestaciones de prestigio: gran cantidad de pruebas, participación de poetas y retóricos, presencia de los grandes personajes del momento.

Los santuarios panhelénicos quedan adscritos a algunas de las grandes potencias griegas y pierden su "status" de centros neutrales, donde griegos de todas las nacionalidades y partidos pueden reunirse.

Exacerbadas las luchas civiles, la afirmación de todo lo que aproxima a las distintas "polis" en los Juegos no tiene mayor trascendencia política para los griegos; no crea ni apunta un movimiento nacionalista que inicie la unión política.

Estela funeraria arcaica con representación de un atleta apoyado en su bastón dando de comer a un perro (Museo Nacional, Nápoles). Pendiente del brazo lleva el aríbalo con aceite para untarse.

donde procedía. Como héroe tendría derecho a la sepultura honorífica junto a la puerta de la ciudad. Allí permanecería oculto, pero vivo, en forma de Pitón, o serpiente enroscada. Alguna vez aparecería a sus conciudadanos; como sombra benéfica, escucharía los cantos, asistiría invisible a las fiestas que se celebraban en su honor; ahuyentaría el maleficio y a los enemigos, protegería a los que acudiesen a honrar su tumba con ofrendas o la adornaran con flores.

Por su carácter de héroe, el vencedor de la carrera de los 200 metros era el único que tenía derecho a ceñirse la banda en la frente. Llevaba el *stéfanos,* símbolo de inmortalidad. Era la corona que, como el círculo, no tiene principio ni fin y caracteriza al ser divino. Además, los héroes en general, y los atletas vencedores por designio de Zeus, eran los únicos mortales que tenían derecho a ser inmortalizados con estatuas. La reproducción de una imagen, sobre todo el retrato, era considerada peligrosa y de efectos mágicos por los dorios. Sólo los que Zeus había aceptado como héroes podían tener su efigie esculpida o pintada entre los dorios de los siglos VIII y VII. El derecho a erigir una estatua para conmemorar el triunfo en los juegos favorecía la evolución de la escultura; las primitivas estatuas griegas que conservamos, todavía de efebos, son de los vencedores de la carrera de 200 metros.

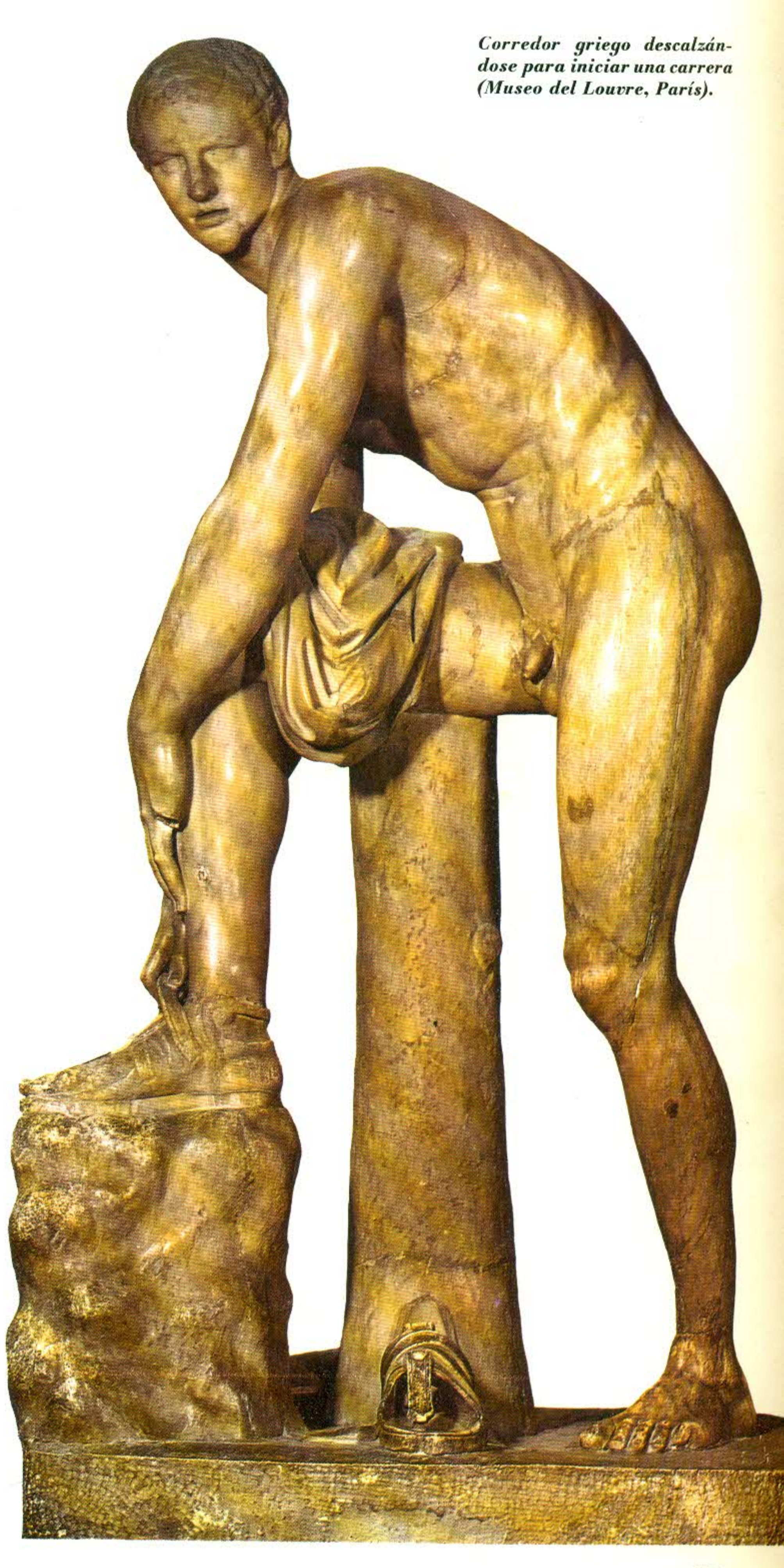
El programa de las fiestas era algo distinto en cada uno de los santuarios, pero sólo en cuanto al orden de los juegos y en algunos de los detalles. En Olimpia las fiestas, que se celebraban en verano, empezaban con un "sacrificio al dios", que debía ser una hecatombe de víctimas en honor de Zeus olímpico. El primer concurso eran las carreras a pie, unas para hombres y otras para muchachos; las había cortas, de 200 metros, y de resistencia, de tres millas. Los atletas corrían desnudos y sin sandalias; los pintores de vasos griegos reprodujeron los grupos de corredores preparándose para empezar,

moviendo los brazos al correr o ya en la carrera final, o dando el último salto para alcanzar la meta y el triunfo.

En realidad, estas representaciones plásticas de las carreras a pie no nos enseñan nada que no se practique en nuestra época, a excepción de que nos muestran el método por el cual los griegos llegaron a correr científicamente, aprovechándose de todos los músculos del cuerpo que podían ayudarles en la práctica del ejercicio.

En cambio, si es verdad lo que cuentan los escritores clásicos, en el salto los griegos consiguieron resultados a los que no se ha podido llegar hoy. Los griegos, al adiestrarse en el salto, trataban de caer en un hoyo dispuesto al efecto, con una capa de arena, a cincuenta pies de distancia, o sea unos 16 metros, y hasta se asegura que un tal Faylus saltó más allá de este hoyo. Nadie actualmente sería capaz de dar un salto parecido, pero los atletas griegos se ayudaban con unas pesas, llamadas *halteras,* que sostenían con las manos y que, balanceándolas, les daban ímpetu para proyectar el cuerpo hacia delante. Se han encontrado varias de estas pesas, que eran de piedra o plomo. En las pinturas de los vasos vemos a los atletas acompañados de músicos, como se hace en los modernos gimnasios, para ejercitarse en los movimientos de péndulo con las pesas que preparan el salto.

Fácil es que en Olimpia a este ejercicio del salto siguiera el de lanzar el disco y, por ser abundantísima la información que tenemos de la manera como los griegos practicaban este juego, podemos comparar su técnica y sus resultados con los obtenidos modernamente. Por lo que se ve, el atleta griego se preparaba levantando el disco con las dos manos, dejándolo caer hacia el lado izquierdo y levantándolo otra vez hasta la cabeza para tomarlo con la mano derecha; proyectando entonces resueltamente el cuerpo hacia delante, corría hasta el punto señalado para lanzarlo, acumulando así fuerza con el movimiento y balance de la pesa. Varios discos se han encontrado en Olimpia y el peso de ellos varía desde poco más de un kilo hasta cinco kilos y medio. Pero, así y todo, no es de creer que los griegos, con el método que emplearon para lanzarlo, consiguieran arrojar el disco más allá de unos 35 metros. Los atletas modernos han obtenido mejores resultados porque se valen de una técnica muy hábil, dando vueltas con el disco a todo el cuerpo antes de lanzarlo. El moderno discóbolo gira como un trompo, con el disco en la mano, y, por fin, dando un salto, lo arroja a una distancia considerable. El *record* olímpico de lanzamiento es actualmente de 64,78 metros.



Corredor griego descalzándose para iniciar una carrera (Museo del Louvre, París).

JUEGOS OLIMPICOS Y JUEGOS PITICOS

Las Olimpíadas eran los juegos griegos más famosos por la especial importancia de Zeus, cuya primacía daba un gran prestigio al santuario. Olimpia no fue nunca una ciudad propiamente dicha, sino un recinto sagrado que contenía templos y edificios públicos. El cómputo de estos juegos posteriormente fue la base para la cronología griega.

Con la finalidad de evitar posibles confusiones, acompañaba al número de las Olimpíadas el nombre del vencedor de la prueba que revestía más importancia entre los griegos, es decir, el estadio, carrera de algo menos de 200 metros. Estos Juegos Olímpicos pervivieron hasta el año 393 de nuestra era, al ser abolidos por el edicto de Teodosio el Grande prohibiendo las fiestas paganas. Su origen fundacional es muy antiguo.

El recuerdo de Pélope, cuya tumba se hallaba en el recinto de los juegos y que fue el primer vencedor olímpico por su hazaña en Pisa, late en la legendaria fundación. Cuando Pélope llegó a Olimpia, ocupaba el trono Enomao. Éste ofreció su trono y la mano de su hija a quien obtuviera la victoria en la carrera de caballos. Pélope sobornó a Mirtilo, cochero de Enomao, para que aserrara el eje del carro de su amo. Enomao, que había obtenido doce victorias, enredado en las riendas fue arrastrado por sus propios caballos. Pero más tarde los dorios llevaron allí su héroe mítico preferido: Heracles.

La organización de los Juegos Olímpicos dependía de los habitantes de la ciudad de Pisa, pero después de su destrucción en el año 572 a. de J. C. fue confiada a los habitantes de Elea. Los heraldos, antes de iniciarse los juegos, recorrían el mundo griego anunciando la tregua sagrada. Dos meses antes de la inauguración, los candidatos que deseaban tomar parte en las competiciones acudían a Olimpia para conocer las reglas del juego y entrenarse.

*

Los Juegos Píticos en su origen no eran otra cosa que un concurso musical consistente en cantar un himno en honor del dios con una cítara. Con el tiempo se asemejaron a las competiciones olímpicas. Los concursos musicales precedían siempre a las pruebas gimnásticas.

La ciudad de Delfos tuvo además una gran importancia política, ya que el dios Apolo se manifestaba a través de la voz de la pitonisa, sentada en su trípode encima de una abertura desde la que salían vapores. Sus profecías eran interpretadas y puestas en verso por un sacerdote. Todo el mundo griego iba a consultar el oráculo antes de llevar a cabo una empresa importante: hacer la guerra y la paz, emprender una expedición o colonización, etc. Las respuestas del oráculo eran ambiguas. Así, Creso, rey de Lidia, al consultar sobre una guerra contra Persia que pensaba emprender, recibió la respuesta de que un gran imperio sería destruido si entraba en litigio. Él creyó que sería el de los persas, pero, en realidad, fue el suyo. Temístocles consiguió la victoria de Salamina sobre los persas al interpretar la respuesta del oráculo a los atenienses de que protegerse en murallas de madera significaba embarcarse. Todos los ancianos que desoyeron los consejos de Temístocles y se refugiaron en barricadas en la acrópolis fueron ejecutados.

El prestigio del oráculo en la política del mundo griego desde el siglo IX al V a. de Jesucristo ha permitido que se pueda hablar de una verdadera propaganda délfica, que influyó enormemente en el curso de los acontecimientos de la Grecia antigua. Todas las ciudades mostraron una piadosa solicitud en la consulta del oráculo de Delfos, gracias a su discreción y, sobre todo, al espíritu conservador con que el oráculo desempeñaba su cometido.

Su autoridad se veía corroborada por el éxito en los consejos tanto a griegos como a bárbaros. Su cometido político estaba respaldado por los necesarios conocimientos de los países exóticos y por los periódicos contactos que mantenía con los distintos pueblos griegos. Por esto se explica que en gran parte dirigiera la colonización griega, aunque no fue él quien provocó el impulso inicial.

*

Los juegos periódicos de los griegos conservan en el fondo una idea de ordalía en torno a una prácticas fúnebres. Hay indudables huellas del duelo en la leyenda. En el canto XXIII de la *Iliada,* cuando Aquiles estableció los famosos juegos en honor de Patroclo, que había muerto a manos de Héctor, conservamos mitigados recuerdos de estas pruebas, después de las cuales el vencido era ejecutado. El tema tradicional es el desafío, en el que la vida de los dos contrincantes sirve de apuesta.

El concurso de Enomao refleja esta concepción: quería edificar un templo con los cráneos de los pretendientes de su hija a manera de trofeo. La prueba superada en la lucha confería al vencedor el derecho total sobre el vencido. La victoria sobre un contrincante o un monstruo concedía al vencedor el derecho a la realeza y al matrimonio, a la vez que hacía gala de su ascendencia divina.

Vemos que Pélope casó con Hipodamia tras dar muerte a Enomao y que Edipo casó con Yocasta al vencer a la esfinge. De esta manera, la realeza prehistórica encontraba una protección en la intervención de un héroe-dios. En su origen, por tanto, hallamos en los juegos ideas políticas junto a las mítico-religiosas.

*

De la misma manera como la cerámica y el arte griego en general nos ofrecen numerosas y detalladas escenas deportivas, la literatura griega también se hizo eco del deporte a partir de sus primeros inicios. En el siglo IV, cuando la prosa griega alcanzó su cenit, el polígrafo Jenofonte dedicó un interesante libro a la caza.

Homero, cantor de la edad heroica, nos describe innumerables escenas de certámenes y competiciones atléticas. Asimismo, en el llamado certamen entre Homero y Hesíodo se nos presenta a los dos poetas enfrentados en un concurso literario. La poesía heroica, que culminó en la *Iliada* y la *Odisea,* se caracterizó por un tono más bien impersonal frente a la lírica arcaica de los siglos VII y VI a. de J. C. No obstante, el espíritu deportivo halló su expresión en odas y epinicios en honor del que vencía en los juegos o en los peanes con los que normalmente se celebraba una victoria militar. Simónides de Ceos, su sobrino Baquílides y Píndaro fueron los poetas que más se destacaron en esta modalidad literaria. La poesía triunfal tenía carácter lucrativo, pues los poetas, conscientes de su valía y de su importancia dentro del contexto social, exigían considerables sumas. En estas épocas, los poetas realizaban largos y frecuentes viajes que daban a sus obras un carácter universal.

Lo que confería fama imperecedera al héroe era la exaltación de las victorias a través de las odas cantadas en las celebraciones triunfales, en los banquetes y en la acción de gracias de la ciudad natal en honor del vencedor. Alusiones mitológicas en forma fragmentaria se introducían en estos poemas que glorificaban a los atletas más distinguidos. Según la destreza del poeta, también hallaban cabida en estas composiciones enseñanzas y máximas morales e incluso comentarios político-sociales.

J. A.

Las luchas cuerpo a cuerpo duraban todo un día en los juegos olímpicos. Eran de tres clases. En la primera, lucha de fuerza y de habilidad, los contrincantes trataban de derribarse el uno al otro sin darse golpes, como en el *wrestling* inglés o el *jiu-jitsu* de los japoneses. Vasos, esculturas y hasta monedas nos presentan a los luchadores desde el momento en que se acercan para abrazarse hasta el punto en que uno de los dos se declara vencido, dando en el suelo una palmada. Los diferentes lances están figurados con

gran conocimiento del arte, lo cual no es de extrañar, pues sabemos que se había sistematizado la enseñanza de la lucha: se ha descubierto en Egipto un papiro griego donde se consignan los nombres de cada movimiento y las instrucciones para dominar al adversario. Se desprende de los textos que en esta clase de lucha lo que los griegos apreciaban más era el jugar limpio; a un atleta siciliano llamado Leontisco se le descalificó porque trataba de derribar al enemigo de manera que se rompiese los dedos al caer. En cambio, se citaban casos de luchadores que habían vencido en Olimpia sin caer al suelo, lo que se llamaba 'αχονιτεί, vencer *sin polvo,* esto es, sin rozar la fina arena de la palestra.

La segunda manera de lucha cuerpo a cuerpo de los griegos era lo que hoy llamamos *boxeo*. Era el más popular de los juegos de la antigüedad; hasta los mismos dioses se suponía que habían luchado de ese modo. Naturalmente, Hércules, Teseo, Tideo y los héroes de Homero también boxean. En un



Representación. de una carrera a pie en una ánfora panatenaica (Museo del Louvre, París).

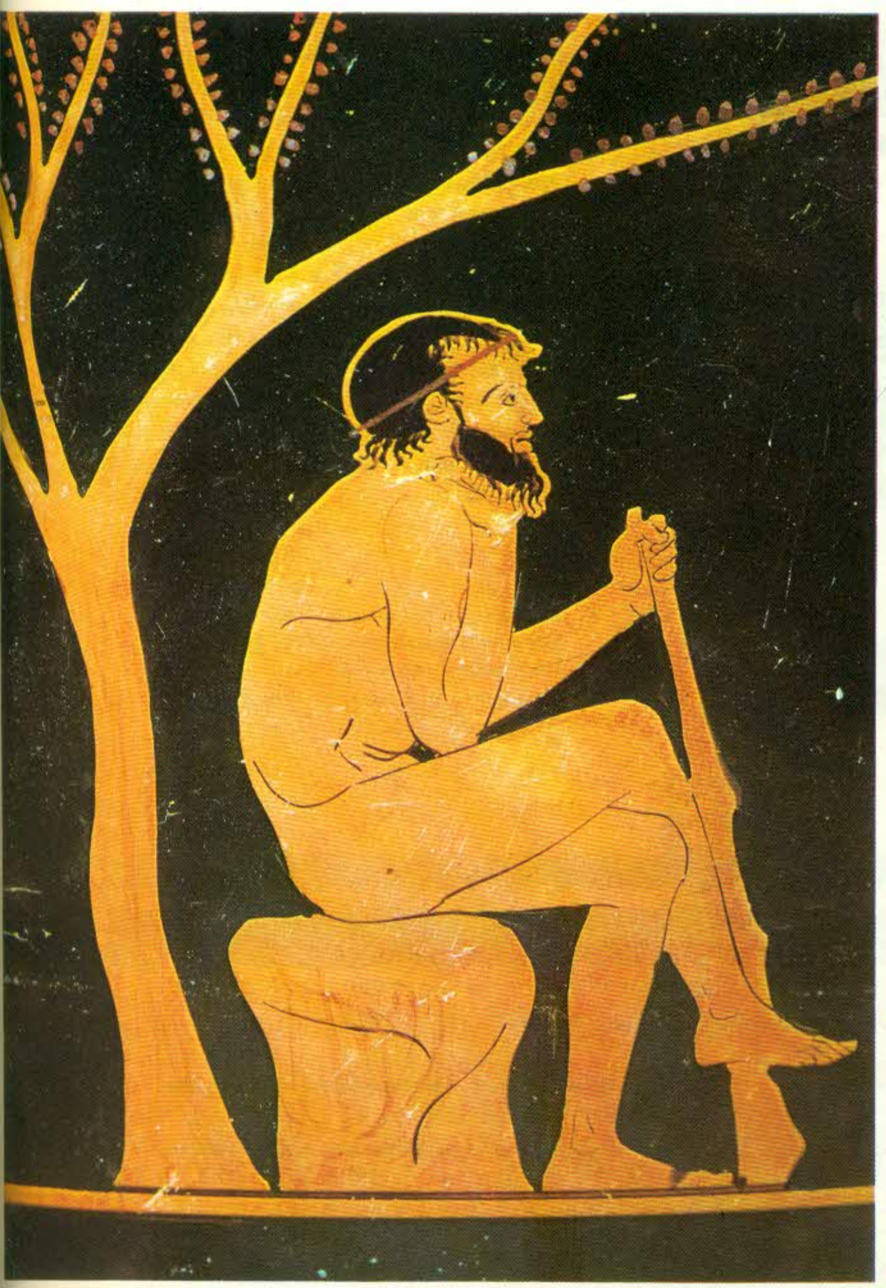
El estadio olímpico de Atenas en su moderna reconstrucción. Su longitud era de unos 180 metros, unidad de medida que se llamaba, precisamente, "estadio". En su recinto se celebraban las carreras a pie, el salto, la lucha y el lanzamiento de disco y jabalina.

principio, los luchadores llevaban descubiertas las manos, pero después las encerraron dentro de una especie de cestillas o las envolvieron con largas bandas. No había sobre el terreno señalado un espacio dentro del cual tuvieran que moverse los púgiles y la lucha continuaba hasta que uno de los contendientes se declaraba vencido, levantando la mano. No hay recuerdo de accidentes fatales.

La tercera manera de lucha cuerpo a cuerpo, que los griegos llamaban *pankration,* era la brutal combinación de boxeo y lucha en que los contendientes tenían derecho a empujarse y derribarse, pegarse puñadas y coces, morderse y arañarse: en una palabra, a todo lo que podía debilitar y rendir al adversario. Una lucha semejante hoy no se toleraría en ningún país, y nos sorprende que una raza tan culta como la griega pudiera



Luchador combatiente denominado el "gladiador Borghese" (Museo del Louvre, París).





Dos detalles de la decoración de un mismo vaso ático del siglo IV a. de J. C. que representan a un entrenador (izquierda) dando consejos a un joven atleta (derecha) (Museo del Estado, Berlín).

complacerse en tan feroz ejercicio; pero varias anécdotas prueban que, si bien los griegos no tenían prohibido en esta lucha el morder y dar coces al adversario, no era esto considerado como honorable. Se reprobaba a Alcibíades el morder en el boxeo "como una mujer", y en el opúsculo de Galeno sobre los juegos olímpicos dice que el burro sería el vencedor en el *pancracio,* porque es el animal que mejor sabe dar coces. Podemos imaginarnos el deplorable efecto que produciría un combate semejante. El moderno boxeo resulta bastante atroz cuando, al final de la lucha, uno de los contendientes, desangrándose por las narices y con un ojo cerrado por los golpes, trata todavía de defenderse, amagando con temblor un golpe que ya no puede ser eficaz. Parece que los griegos no supieron reconocer los puntos ciertamente vulnerables del cuerpo, como debajo de la barba y debajo del músculo pectoral, donde nervios importantes pasan casi por la superficie. Acaso por esta circunstancia de ignorar cuáles son las partes más sensibles del cuerpo humano, en las que un golpe bien asestado paralizaría al adversario, tuvieron que valerse los griegos de la brutal combinación de lucha y boxeo que es, en realidad, el llamado *pankration* o *pancracio*.

Las carreras de caballos, ya montados por jinetes, ya uncidos a carros, llenaban todo un día de las fiestas de Olimpia. Había várias clases de carreras, según la edad de los



potros y de los caballos y yeguas; más tarde se estableció otra carrera para mulas. A los caballos no se les ponía montura alguna, azuzándolos sus jinetes, que iban desnudos, con las riendas y unos largos látigos. Una trompeta daba la señal de partida. En una de las carreras, los jinetes, corriendo al galope, tenían que lanzar una pica contra un blanco dispuesto al efecto. Así en algunos vasos pintados se ven caballos y jinetes preparándose para ponerse en fila antes de empezar la carrera, y cada jinete, en lugar del látigo, lleva una lanza. Ya se comprende que las más renombradas de las carreras en los juegos griegos serían las de carros; éstos

Crátera de cerámica ática con una escena de atletas griegos haciéndose masajes y untando sus cuerpos con aceite (Museo del Estado, Berlín).

LOS JUEGOS OLIMPICOS Y EL IDEAL HUMANO DE LA ARISTOCRACIA

Durante los siglos VII y VI a. de J. C., la aristocracia, predominante en el conjunto de los estados griegos, se ve amenazada por la aparición de fuerzas nuevas que tienden a desplazarla del poder político y económico.

Ante el peligro, se incrementa la resistencia ideológica de la nobleza.

Toda la producción poética del momento se inscribe en una línea de reacción, y tanto Teognis como Píndaro son grandes poetas con estricto sentido de clase.

En ambos, la diversidad de estilos no oculta la afinidad del contenido: en las dificultades de los tiempos, los nobles toman conciencia de su preeminencia, de su vocación y superior destino.

El hombre ideal se define ahora:

Es el que posee la "areté" –valor–, es decir, el conjunto de cualidades físicas y morales que, trasmitidas por tradición y heredadas de antepasados ilustres, dan la victoria.

Junto a la "areté", cualidad necesaria, la "calocagazia" –ser bueno, ser bello– es el equilibrio entre las cualidades físicas y las morales.

El hombre ideal posee además "sofrosine" –moderación–, el autodominio, la aptitud para adoptar una actitud serena.

Los Juegos Olímpicos se originan por la apertura de diversiones, fiestas y concursos aristocráticos a todas las clases sociales.

La nobleza participa activamente en los Juegos, pues los superiores medios de que disponía garantizaban su preparación y triunfo.

Los "agones" –luchadores, competidores– participantes en los Juegos, y sobre todos ellos el vencedor, encarnan el ideal humano de la aristocracia en su doble vertiente material y espiritual.

Los escultores de la época, cuyo tema será muchas veces la figura de los vencedores en los Juegos, imprimen a sus estatuas –proporciones físicas ideales, aspecto sereno, tendencia idealista– los caracteres del noble.

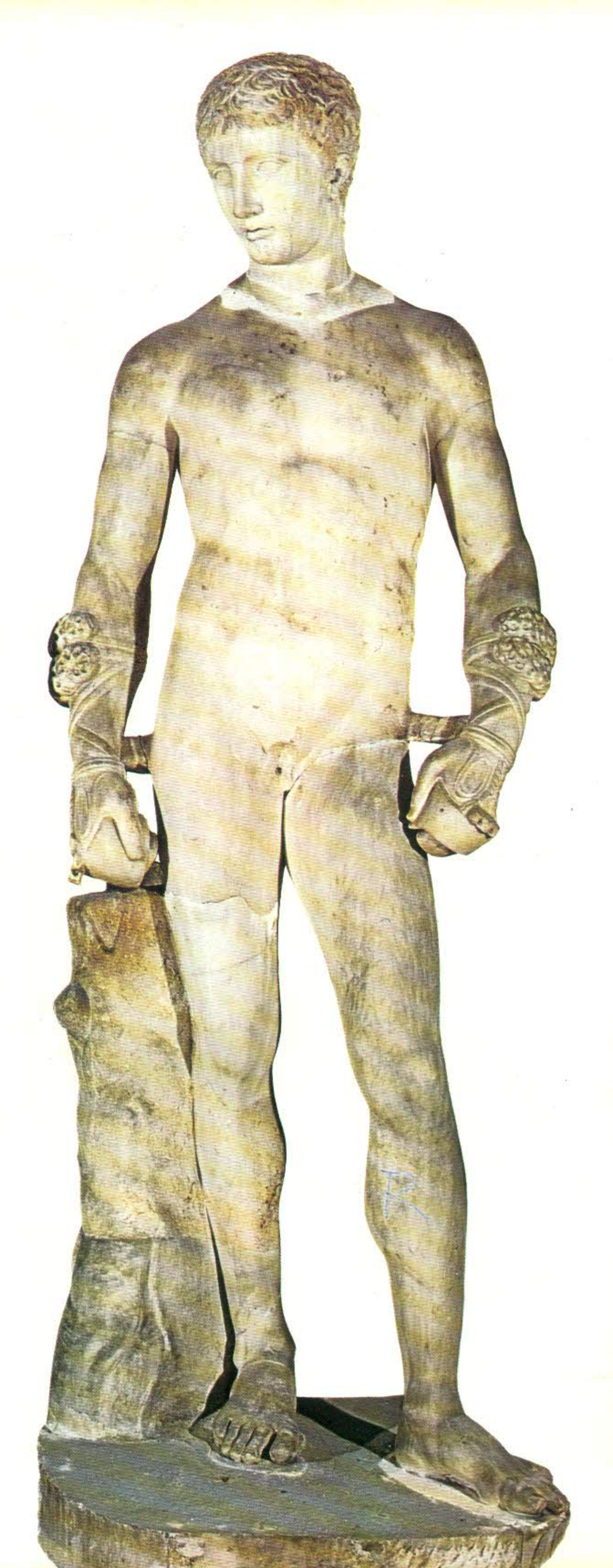
La glorificación de los vencedores, la glosa de sus cualidades, la fama alcanzada, se convierten en objeto de poesía.

Juegos Olímpicos, poesía, escultura, manifestaciones prestigiosas de la cultura griega, responden durante largo tiempo –hasta el final de la época clásica– a los ideales, aspiraciones y objetivos de las clases aristocráticas.

eran de dos y de cuatro caballos. Los carros tirados por cuatro caballos eran del mismo tipo que los carros de guerra descritos por Homero, con dos ruedas ligeras y abiertos por detrás, sólo que en el carro de carreras no podía montar más que el auriga, mientras que en el carro de guerra, además del conductor, que sostenía las riendas, iba el guerrero, con el escudo y la lanza. En las carreras de carros de cuatro caballos, el auriga iba de pie, vestido con una larga túnica. En el carro de dos caballos, el conductor iba sentado en un pequeño asiento, algo levantado sobre el eje de las ruedas, y apoyaba los pies en la viga a la que estaban uncidos los caballos. El hipódromo de Olimpia ha sido excavado recientemente, y por sus medidas sabemos que la carrera de ida y vuelta de los carros medía poco más de un kilómetro.

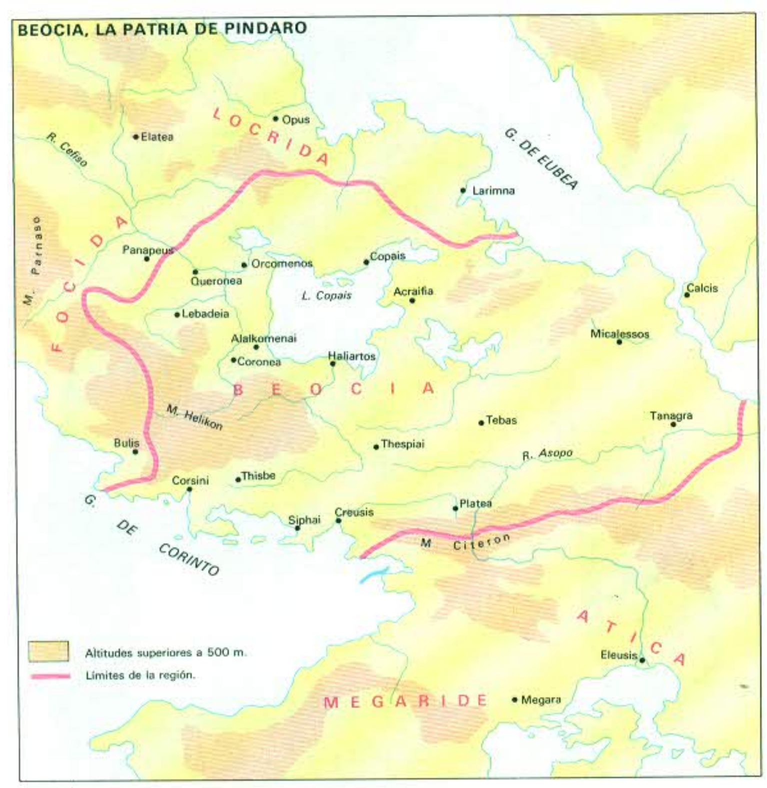
Las carreras de caballos requerían grandes capitales para procurarse los potros de buena raza y tener a sueldo jinetes entrenadores para adiestrarlos. Por tanto, sólo los ricos podían cultivar este deporte, y el solo hecho de querer competir en las carreras de carros y caballos era ya un alarde de fortuna en el siglo V a. de J. C. Así vemos a los tiranos de Sicilia acudir a las fiestas panhelénicas con un lujo de carros y caballos que maravillaba a los griegos. Los jefes semibárbaros de la frontera del Norte también tenían empeño en ser admitidos en los concursos panhelénicos y se presentaban con tiros de caballos y yeguas de gran precio para conseguir el título de *Olimpionikes,* o vencedor de Olimpia. Otros se dedicaban a los deportes por la ganancia que producían las victorias. Se recuerda que uno llamado Teágenes llegó a reunir catorce coronas como premio de otros tantos triunfos, y ya sabemos que esto no era pura gloria.

Todo tendía a producir la especialización y el profesionalismo, las dos mayores calamidades que pueden originarse de los deportes. En realidad, el profesionalismo mata los deportes, porque no hay atleta completo que pueda competir con otro estrictamente especializado en una sola rama del estadio. Ya hacia el siglo V a. de J. C. el que quisiera vencer en los juegos olímpicos o píticos debía ejercitarse en el gimnasio todo el día, condenándose además a una alimentación reglamentada, a horas de descanso fijas y masajes especiales. Esto fatalmente tenía que apartar de la palestra a los espí-

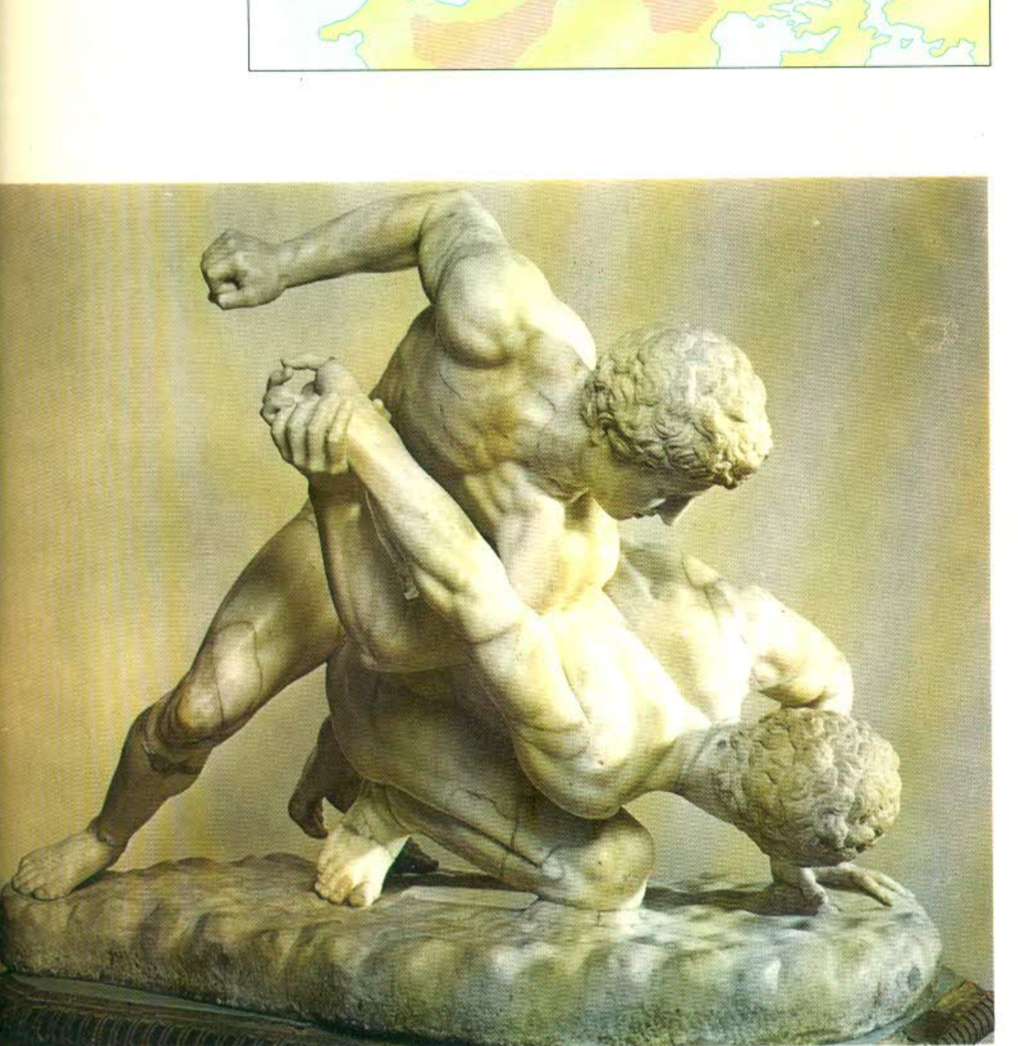


Joven atleta griego con guantes de boxeo para la práctica del pugilismo (Museo del Louvre, París).

Lekito con decoración de una escena de juego de pelota (Ashmolean Museum, Oxford).



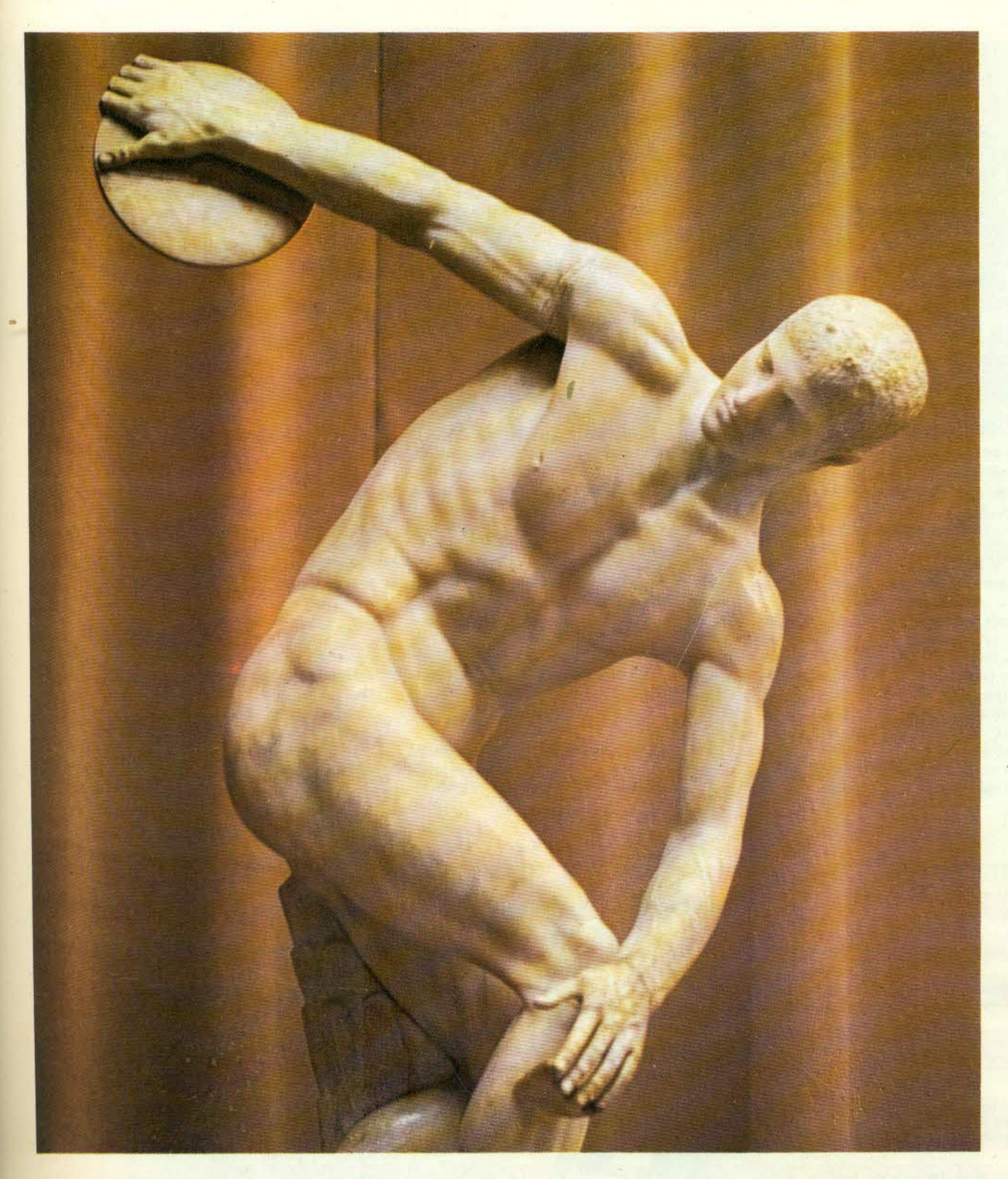




ritus superiores, que deseaban algo más que la popularidad de un triunfo resonante. Así se explica que, preguntado Alejandro Magno si acudiría a competir en los juegos de Olimpia como su padre, contestó que sí, si sus competidores eran también reyes.

El resultado del profesionalismo en los deportes griegos fue, pues, el disgustar a los que creían que se les daba demasiada impor-

Escultura helenística del siglo III a. de J. C. que representa a dos luchadores en pleno esfuerzo (Galleria degli Uffizi, Florencia). El pancracio era un deporte popular entre los griegos, cuya imitación ha dado lugar a la actual lucha grecorromana.



Réplica romana de la obra capital de Mirón, el Discóbolo (Museo Nacional, Roma).

tancia, y con el tiempo, reducir los juegos a unas fiestas que tenían mucho de violentas y, en cierto modo, de muy grosera idealidad.

Mucho se ha insistido en que el entusiasmo de los griegos por los deportes contribuyó a mejorar la raza y les facilitó sus triunfos militares, hasta el punto de hacer del soldado griego un guerrero perfecto; pero cabe dudar de que los griegos lograran obtener del cuerpo humano valores que no podamos conseguir nosotros. A excepción del salto, en los demás deportes los hemos superado. Han llegado hasta nosotros anécdotas que nos hablan de atletas dotados de fuerzas sobrehumanas, pero estas exageraciones deben admitirse, como todas las historias de "la afición", con cautela. Un peso de 480 libras hallado en Santorín lleva una inscrip-

PINDARO

Píndaro fue el representante de una concepción religiosa y político-aristocrática en vías de desaparición. El gran poeta vivió en un momento en que la nobleza luchaba denodadamente para mantener su privilegiada posición social. Era aquélla una situación extremadamente crítica, por hacerse cada vez más influyentes los incipientes ideales de la democracia, que elaboraba una nueva ética. Por esto, la aristocracia se reafirmaba y se percataba de su propia esencia.

En los siglos VII y VI a. de J. C. la nobleza aún dominaba el aparato estatal, pero cada vez se veía más amenazada en lo político y económico por una burguesía que terminó por imponerse definitivamente en el siglo V. Esta crisis de la nobleza es la principal fuente de la poesía de Píndaro. Su obra es la idealización de una grandeza y una belleza alejadas, por más venerables que fueran. Este mundo, que ya estaba en su ocaso, se justificaba con sus prejuicios de raza y clase. Según la concepción aristocrática, las cualidades políticas son innatas y propias de ciertos linajes; no se pueden adquirir por aprendizaje. La divinidad impone unos límites a los hombres. Toda desmesura *(hybris)* será severamente castigada.

Estas ideas tradicionales y conservadoras, que en tiempos de Píndaro eran sostenidas por selectos grupos minoritarios, coincidían con las que Apolo proclamaba. Por esto, Delfos debió acoger con los brazos abiertos el arte de Píndaro y seguramente contribuyó enormemente a que su fama se extendiera por todo el mundo helénico. Píndaro estaba persuadido de que los ideales dorios eran superiores a los jonios. Su fe en el esfuerzo humano se debe a que tuvo siempre presente al gran héroe dorio Heracles.

Frente a esta visión aristocrática del mundo, embellecida por la poesía pindárica, otro poeta de la misma época nos da una idea menos apasionada y más objetiva de la realidad. Teognis se dio cuenta de que la nobleza estaba empobrecida y que una nueva clase de ricos plebeyos estaba a punto de ejercer el poder político. Píndaro vivía fascinado en su fantástico mundo y creía que podría frenar el curso de los acontecimientos. Por esto su obra es arcaica, aunque arrebatadora por su hondo sentido del espíritu heroico.

Píndaro, como un sacerdote, se consagró enteramente al servicio del heroísmo de la antigüedad, que tenía pocas posibilidades de sobrevivir. Para él, alabar al noble es "la flor de la justicia". Sus cantos laudatorios no son más que "una deuda que tiene el poeta para con el vencedor".

Gracias a su arte, todos sus temas vuelven a recobrar una vivacidad insospechada. Celebró la memoria de los antepasados y proyectó su acción sobre los descendientes vivientes. Su recuerdo se realiza en las acciones heroicas, porque el linaje conserva aún viva su prístina virtud.

*

Las guerras médicas fueron acontecimientos nada agradables para Píndaro. Su dios titular, Apolo, predijo la derrota de los helenos, y Tebas, su patria, fue fiel al persa. Ante la victoria de los griegos, no se sintió identificado como Simónides, ya que su mentalidad concordaba con la ideología de las ciudades dorias, autoritarias y tradicionales, y no con las potencias comerciales que acababan de nacer y que se lanzaban a la aventurada empresa de construir una sociedad democrática y libre. Pero Píndaro mitigó un poco su posición ante Atenas al regresar de Sicilia, desengañado de la política del tirano Hierón.

Finalmente, compuso un ditirambo a Atenas, en donde celebra sus hazañas contra el persa. Ello le valió el reconocimiento de los atenienses con la concesión de mil dracmas, la proxenía y la erección de una estatua. Por otra parte, sus compatriotas, los tebanos, se sintieron resentidos y le multaron. De todas maneras, el honor concedido por los atenienses no debió significar para él algo extraordinario, dado que mantenía estrechas relaciones con dos ciudades rivales de Atenas, Tebas y Egina, que estaban en franca decadencia.

*

El arte de Píndaro es arcaico por el uso que hace del mito. Un rasgo estilístico característico es el priamel, que consiste en una especie de máxima principal precedida de otras máximas secundarias. Con este recurso, las verdades tradicionales se oponen al propio pensamiento del poeta.

J. A.

PINDARO, POETA DE LA ARISTOCRACIA

Nacido hacia el 522 a. de J. C. en Tebas, de familia noble de militares y sacerdotes, con tradición artística.

Partidario de la neutralidad de su patria en las guerras médicas, anclado en concepciones religiosas de la época homérica y hesiódica, partidario del gobierno de "unos pocos" y de la estructura social basada en los derechos del nacimiento.

Píndaro se nos aparece como el hombre que en momentos de transición y cambio permanece impermeable a las novedades y atado al pasado.

Cantar a los vencedores de los Juegos Olímpicos es, según Píndaro, misión específica del poeta, porque "alabar al noble es la flor de la justicia", y el valor que logra la victoria no quiere "esconderse silencioso bajo la tierra".

El poeta, como los antiguos rapsodas, vuelve a dedicarse a glorificar grandes hechos y la poesía alcanza nuevamente un tono heroico.

La poesía es idealista. Como los escultores primitivos plasman en sus estatuas de vencedores no retratos, sino seres ideales, Píndaro centra su canto no en las cualidades personales de un atleta, sino en los valores que éste representa.

Por su lenguaje, la poesía de Píndaro es arcaica en relación con las obras de sus contemporáneos.

Los pormenores de la lucha, la descripción realista del ambiente no interesan a Píndaro. Sus odas están generalmente divididas en tres partes: actualidad, mito y enseñanza. La primera, con referencias concretas al concurso, es breve y poco elaborada; la segunda, en la que el poeta contrapone a su tiempo la historia de los tiempos heroicos a través del relato de un mito, es la de mayor valor poético; la tercera, como su nombre indica, es semejante a una moraleja o consecuencia del ejemplo dado.

Por convicción personal y de clase, la poesía pindárica exalta las virtudes aristocráticas, es una poesía de propaganda de la nobleza.

El conjunto de virtudes que hacen que un hombre posea la "areté" no pueden aprenderse, se heredan.

Esta última convicción de Píndaro hace, en último análisis, que su poesía sea esotérica, dirigida a un grupo limitado, a aquellos que por su nacimiento y educación entienden y comparten sus ideas.



Bajo relieve en la base de una estela de fines del siglo VI a. de J. C. que representa a unos jóvenes jugando a la pelota (Museo Nacional, Atenas).

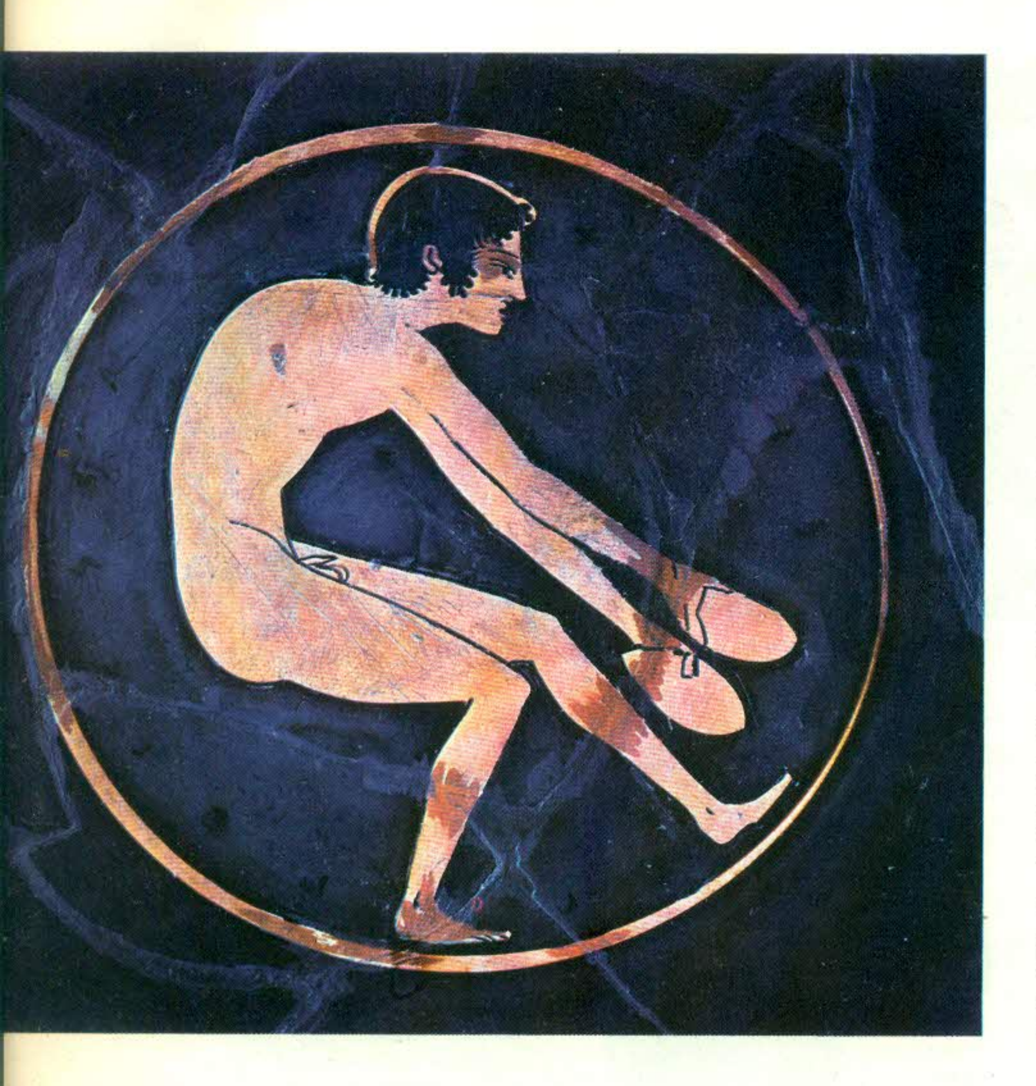
ción que dice que fue levantado del suelo por un tal Eumatas. En resumen y considerados físicamente, no parece que los griegos de la antigüedad hayan sido superiores al hombre de nuestros días.

Pero el cuadro de la fiesta, con su aire homérico, ya dijimos que estimuló a los artistas, y así los deportes griegos produjeron resultados que no han producido los deportes de hoy. Grandes escultores, como Ageladas, Policleto y Mirón, dieron su preferencia al tipo atlético del hombre, casi con exclusión de la mujer.

Lo mismo ocurrió con la poesía. Sin los juegos no se explicaría la aparición del más grande poeta lírico de la antigüedad, y cuya fuerza de expresión, riqueza de imágenes e intensidad de color no creemos que hayan sido superadas. Este poeta se llama Píndaro, el cantor de los atletas victoriosos en la palestra y en los hipódromos griegos. Píndaro era de Tebas. Nació en el año 522. Su familia se preciaba de ser oriunda de Esparta, aunque de tiempo inmemorial residía en Beocia; allí pasó Píndaro la mayor parte de su vida y allí escribió sus odas. Píndaro es un tradicionalista ya para su tiempo; canta viejas historias que no pueden ser creídas por los griegos del siglo V a. de J. C., pero él las cree sin duda por el hecho de cantarlas. Los dioses y héroes se representan en su mente como seres vivos. Verdad es que los que ganan las carreras son muchas veces "nuevos ricos", que se valen de jinetes profesionales para obtener el triunfo; pero lo mismo en Olimpia que en Delfos y Corinto era fácil olvidarse de la realidad y creer que Pélope, Hércules y Teseo habían resucitado para tomar parte en las carreras. Todo recordaba los tiempos heroicos, en que las riquezas, el poder y la autoridad eran conse-



La influencia griega, no sólo en el arte, sino también en las costumbres, fue universal. He aquí una escultura etrusca que representa a un joven en el acto de lanzar la jabalina.

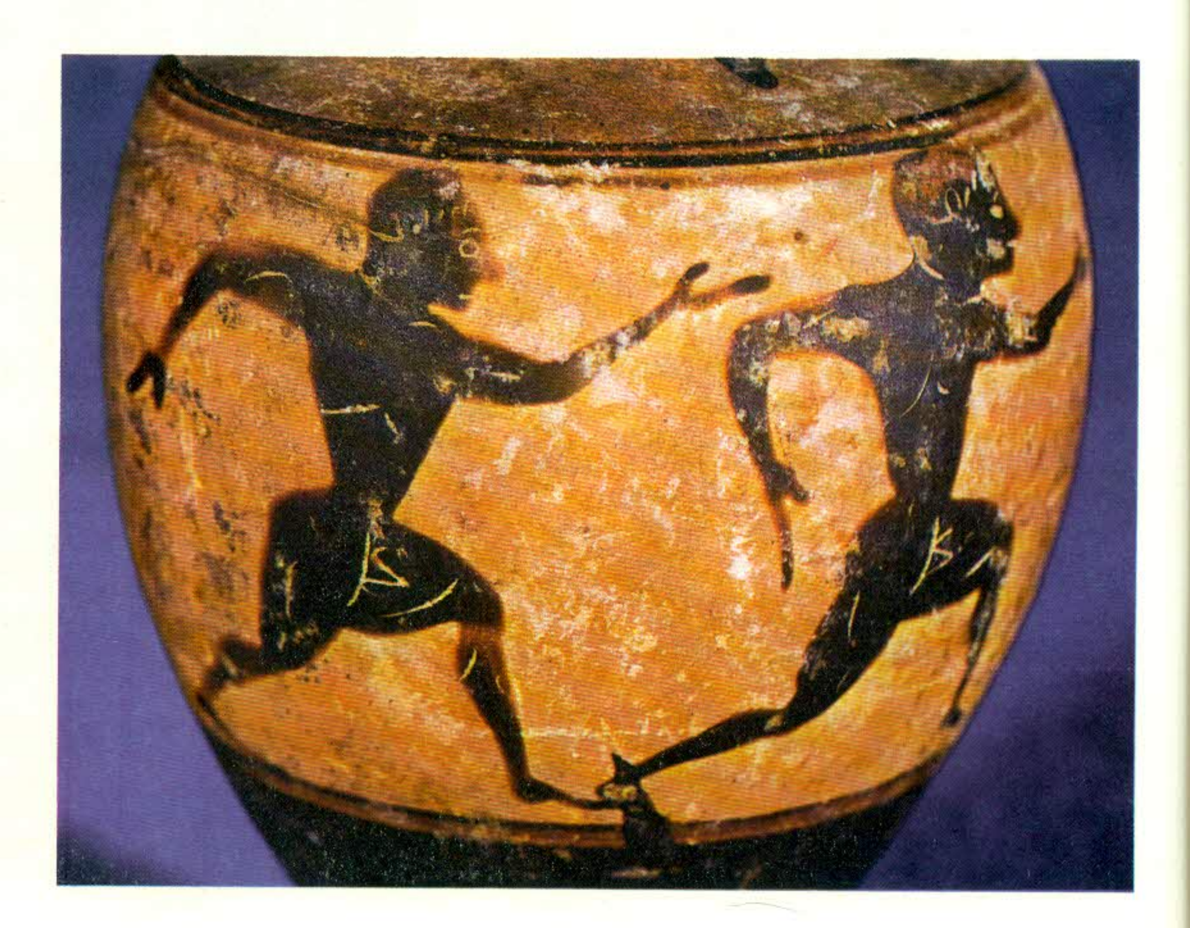


cuencia directa del valor personal. Sobre todo, si forzando un poco el árbol genealógico se podía hacer del vencedor de Olimpia un descendiente de los héroes antiguos, entonces ya no era tan difícil compartir el entusiasmo de la multitud y ver la gloria pasada en el triunfo presente.

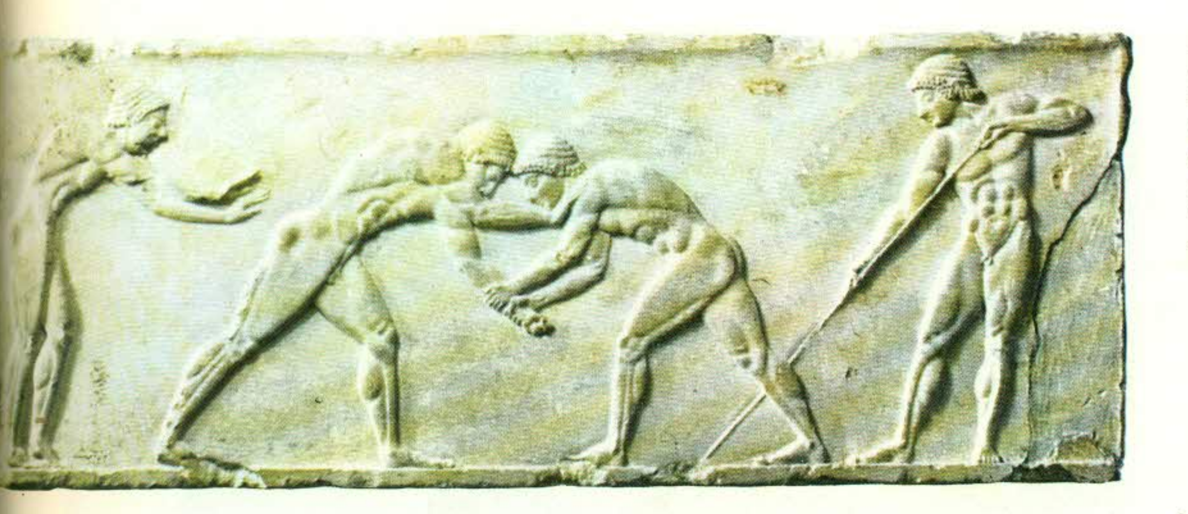
Píndaro, más que un poeta inspirado, es un alucinado. Vamos en pos de Píndaro como Sancho va siguiendo a don Quijote. Aquel aristócrata beocio, que sueña con un ideal de caballería a la manera dórica, nos fascina todavía a nosotros, que sabemos volar en aeroplano, desintegrar el átomo, transformar la materia y sacudir el mundo manipulando un conmutador eléctrico. Todos nuestros anhelos, todo nuestro frenesí moderno se nos olvida oyendo a Píndaro cuando canta a sus dioses y a sus héroes. Casi dudamos de que se pueda emplear la vida en nada mejor que en ganar las carreras de Olimpia, como un ricacho de las colonias, o en cantar al vencedor como hace el poeta. He aquí cómo da comienzo Píndaro a su primera oda dedicada a ensalzar los juegos olímpicos:

"Nada hay mejor que el agua, y el oro como fuego encendido en la noche brilla por encima de la soberbia riqueza; pero si cantar los juegos quieres, corazón mío, no verás otro astro luciente que caliente en el día más que el sol en el desierto espacio; ni celebrar

Detalle de una copa atribuida al pintor de Euergides que representa a un saltador con pesas en las manos para ayudarse en la realización del salto (Museo del Louvre, París). La copa es de fines del siglo VI antes de Jesucristo.



Detalle de un lekito de figuras negras procedente de las excavaciones de Ampurias, con representación de una carrera de atletas.



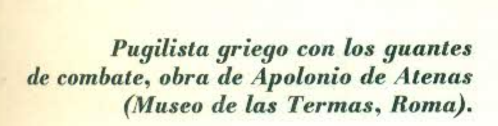
De izquierda a derecha, un atleta preparado para el salto, dos pugilistas en lucha cuerpo a cuerpo y un lanzador de jabalina, en un bajo relieve ático de fines del siglo VI antes de J. C. (Museo Nacional, Atenas).

podremos competición más bella que la Olímpica, de donde viene el himno famoso que rodea los pensamientos de los poetas para cantar al hijo de Cronos cuando llega al hogar opulento y feliz de Hierón...".

Éstas son las palabras de Píndaro, empobrecidas acaso en nuestra traducción. Y así y todo, ¡cuánta realidad en sus conceptos! Allí está el agua, el oro, el fuego, el sol, su brillo y resplandor, comparados con Olimpia y sus juegos. Píndaro entra en materia arrojándose a la palestra como los atletas, cuya gloria quiere conmemorar con sus versos. Le seguimos primero con los ojos, mas pronto su impulso nos arrebata y corremos como él tras los dioses y semidioses. A veces Píndaro teme que vayamos a detenernos –cansados de tanta mitología–, y entonces parece mirarnos fijamente y trata de convencernos con una reflexión moral de tradicionalista empedernido, que quiere olvidar lo presente escondiendo la cabeza en lo pasado:

"Hay mucho prodigioso en este mundo; la fábula está llena de mentiras; la verdad ya no existe en nuestra historia...". "...La Gracia y la Belleza van tejiendo el encanto que rodea a los mortales, y la fábula, que no puede ser creída, se presenta ante los ojos de tal modo, que el hombre más escéptico se decide a creer lo que piensa ser absurdo."

Píndaro no confía en el ser humano, es un dios el que le inspira. "El sabio es sólo aquel que, por instinto, conoce más que otros que han leído..." Son las Musas "morenas", de negra cabellera, como las llama Píndaro, las únicas que producen bien a los humanos. Si hay en la vida algún encanto, algún placer, son ellas y las Gracias las que lo procuran. Ellas dispensan no sólo belleza,



Pugilista griego con los guantes de combate, obra de Apolonio de Atenas (Museo de las Termas, Roma).



Escena que representa, probablemente, el comienzo solemne de una carrera de caballos en unos juegos olímpicos (Museo Nacional, Atenas).

sino también arrojo y sabiduría. Estas amables diosas, según Píndaro, se han acercado a los otros inmortales que rigen los destinos del mundo. "Los dioses mismos, ni danzas ni festines presiden ya sin las augustas Gracias. Ellas son las que rigen todo el cielo..." Píndaro dice que dispara sus versos como flechas; su carcaj está todavía lleno, no se agota nunca. Otras veces compara su canto al rocío de la mañana. En realidad, la poesía es lo único bueno en el mundo: "Como rápida crece la alegría, así cae a la tierra desplomada; porque el hombre no vive sino un día, es la pálida sombra de un ensueño".

Ya se comprende que a un poeta así no pueden interesarle los acontecimientos políticos de su tiempo. Píndaro ha presenciado las guerras contra los persas; sería mayor de edad cuando Maratón y Salamina, vivió bastante para presenciar la gloria de Atenas, pero no hace ninguna referencia a estas hazañas. Menciona a Maratón porque allí se distinguió en unos juegos uno de sus pugilistas. Parece mentira que un poeta así pueda interesarnos: tan falso, tan artificioso es todo lo que cuenta. Pero Píndaro tiene razón: la poesía, la verdadera poesía, es lo único que hace milagros.

Hemos de imaginarnos también el efecto que las odas de Píndaro debían de producir, acompañadas del canto, música y baile. Un grupo de coristas cantaba, moviéndose en rítmicos pasos, una de las estrofas, y a éste respondía otro grupo de coristas con lo que se llamaba la *antistrofa*. Después, en solemne reposo y expectación, cantaban todos la tercera copla, que se llamaba *épodo*. Se ha dicho que a lo que mejor pueden compararse las odas de Píndaro es a los oratorios de Haendel, con su "musical elocuencia", pero olvi-

Lekito griego con la temática de la carrera de carros en su decoración (Museo Arqueológico, Barcelona).



El Auriga de Delfos, bronce griego del siglo V *a. de J. C. (Museo de Delfos).*

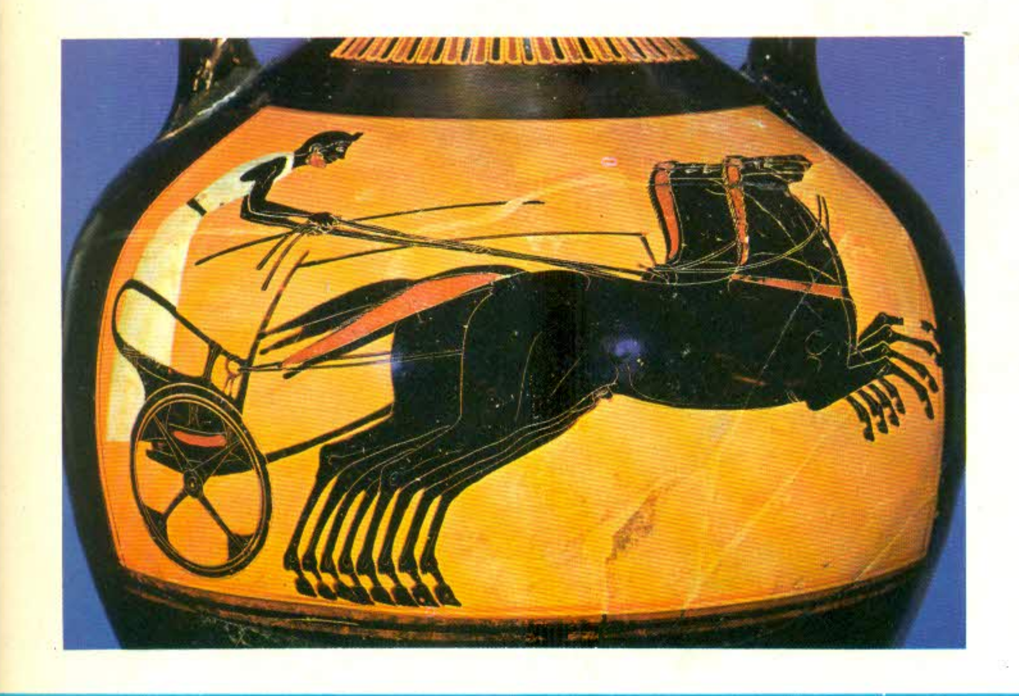
damos todavía el detalle de la danza que acompañaba a la *cantata*. "Los versos son señores de la lira", dice Píndaro en una de sus odas. Y en otra añade: "¡Oh lira de oro!..., a ti obedecen los danzantes al empezar la fiesta; de ti esperan los cantores la señal para el canto...". Así, pues, el verso da el ritmo para la música, y ésta, o sea la lira, regula las evoluciones del coro.

He aquí otro aspecto del espíritu humano: el arte por el arte. Peor todavía, el arte elaborado con ideas muertas, la belleza tejida en una trama antigua que no puede protegernos ni cubrirnos. Claro es que Píndaro trata de moralizar, pero a nadie convencen sus esfuerzos de proselitismo; lo que realmente nos fascina es el ritmo de sus alados versos.

Lástima que no podamos acompañar las odas de Píndaro con la música que debía de completar su encanto. Un solo fragmento ha aparecido en un manuscrito, con una notación de letras encima del texto que revelan valores musicales, porque los griegos expresaban la cantidad también por letras. Este fragmento de Píndaro, con su rudimentaria notación, fue hallado en el siglo XVII por el jesuita alemán A. Kircher, quien propuso del mismo una interpretación moderna. Desde entonces se ha venido discutiendo el acierto de la restauración y se han dado varias valoraciones a las letras del manuscrito. Pero no hay duda que reflejan los altos y bajos de una escala y que podemos casi aceptarlos sin escrúpulo. De todos modos, el fragmento descubierto por el P. Kircher es todavía el único conocido de música griega anterior a Alejandro.

BIBLIOGRAFIA

Alsina, J.	*La literatura griega clásica,* Barcelona, 1964. *Literatura griega,* Barcelona, 1967.
Croiset, A.	*La poésie de Pindare,* París, 1880.
Defradas, J.	*Les thèmes de la propagande delphique,* París, 1954.
Duchemin, J.	*Pindare, poète et prophète,* París, 1955.
Fernández-Galiano, M.	*Píndaro, Olímpicas,* Madrid, 1956.
Jaeger, W.	*Paidea, los ideales de la cultura griega,* México, 1957.
Lesky, A.	*Literatura griega,* Madrid, 1967.
Meautis, M.	*Pindare, le dorien,* París, 1962.
Samaranch, F.	*Píndaro, Olímpicas,* Madrid, 1967.
Snell, B.	*Las fuentes del pensamiento europeo,* Madrid, 1965.
Triadú, J.	*Píndar, Olímpiques,* Barcelona, 1957.
Unterteiner, M.	*La formazione poetica de Pindaro,* Florencia, 1951.
Will, E.	*Ioniens et doriens,* París, 1956.



Decoración de una ánfora panatenaica del siglo V a. de J. C. que representa un auriga sobre un carro de carreras tirado por cuatro caballos (Museo Británico, Londres).